

# BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

**i** Han enviado ya un ramo de orquídeas a Kissinger?

-Sí. Don Raimundo.

-Entonces el Mundial 82 puede empezar.

Saporta lanzó una nube de colonia Paco Rabanne sobre su propio cuerpo y dejándose llevar por una incontralada orden de su subconsciente gritó:

-¡María, el abanico!

-Que yo sepa aquí no hay ninguna María y no veo ningún abanico.

Comentó Pablo Porta.

-¿No?; ¿y qué más da? Si tuvieras corazón de poeta, ojos de poeta, gritarías conmigo ¡María, el abanico!

-¿Por qué?

-Porque estamos en junio, va a empezar el Mundial y hay que llevarse un abanico imaginario a los palcos, sean para el espectáculo que sea.

Saporta iba y venía, miraba y cerraba los ojos, creía escuchar y ni siquiera oía a Pablo Porta.

-Pero, ¿qué haces, Raimundo? Nos está esperando la señora ministro.

-Ah. Es ella la que espera. No nosotros. Del Rey abajo ninguno. Que venga ella aquí o yo no muevo ni un pie.

Con una mano se daba aire irreal con un abanico inexistente y con la otra dirigía una orquesta que llevaba

en el fondo del corazón, mientras sus labios contenían más que tarareaban la música que todos sus nervios estaban creando.

-No quisiera sacarte de las profundidades de tus pensamientos, pero la señora ministro nos está esperando y si no acudes a la cita con la señora ministro no empieza el mundial y si no empieza el mundial el mundo entero pierde el espectáculo más grande jamás contado, un espectáculo que se debe a ti, sólo a ti. Raimundo.

Lagriméan los ojos de Saporta cuando buscan el acantilado rostro de Pablo Porta.

-¿Lo dices en serio, Pablo?

-De corazón. De corazón *español*. Con la misma sinceridad como cuando grito: ¡Viva España!

-Hacia tiempo que no me decías cosas tan bonitas, Pablo. ¿Recuerdas aquella vez en que nos encontramos en la demostración sindical de San José Artesano? Nos presentó el Caudillo. Yo llevaba un traje de estambre color cárdeno y tú calzabas botas camperas con espuela de oro.

-¿No me confundes con Angel Peralta?

-La luz del sol poniente te dibujaba una silueta de oro y tu me dijiste: ¿Saporta? eso me suena a horizonte lejano. Chiquillo. Se me puso la carne de gallina.

-Yo jamás he dicho una majadería semejante. Ahora Raimundo, por favor, nos espera la señora ministro.



-¡María el abanico!

-¡María el abanico!

Gritó a su vez Pablo Porta dispuesto a llevar la corriente a don Raimundo y nada más oír la solidaria proclama de Pablo Porta se cogió Saporta un pellizco de chaqueta con una mano y con la otra agitó el abanico para que el abriera pasillo y aire. La majestad encarnada era don Raimundo descendiendo la escalinata del Palacio de Congresos y al pie de la escalinata les esperaba doña Soledad Becerril a medio luto por la inminente muerte de la primavera.

-¡María, el autogiro!

Reclamó Saporta y don Pablo le guiñó el ojo a la ministro para que secundara las peticiones de don Raimundo. El helicóptero les esperaba sobre el asfalto y a él se subieron, pero nada más entrar don Raimundo lanzó un respingo.

-Ah no, eso sí que no. Si Henri no viaja con nosotros, un servidor no se mueve. Ya se le puede poner en la peineta a la señora ministro, y usted perdone, pero yo sin Henri no me voy a Barcelona en este artefacto.

-Kissinger ya está en Barcelona.

Dijo Soledad Becerril con el tono más sereno que encontró en su repertorio de tonos serenos para primaveras descendentes.

-Lo dice para engañarme. ¿Qué le han hecho a mi Henri?

-Te lo encontrarás en el palco presidencial, Raimundo.

-¡Júramelo.

-Te lo juro.

-Por la memoria de Franco.

-Por la memoria de Franco, te lo juro.

-Te creo Pablo, te creo. Tengo unas ganas de que esto se acabe. No lo sabe usted bien señora ministro, porque uno ha tenido que aguantar, ay virgen de Bucarest, lo que este pobre Raimundo ha tenido que aguantar.

El helicóptero sobrevoló la Castellana y viró hacia el este.

-¡María, el cajón de naranjas!

Fue Porta quien resignadamente puso un cajón lleno de naranjas ante Saporta y el Hombre empezó a lanzar naranjas sobre la geografía parda de una España a vista de pájaro.

-Le vas a dar a alguien y ya verás tú.

-Siempre tan pusilánime, Pablo. Quiero que en el futuro se sepa que Raimundo Saporta dibujó su recorrido con la humilde naranja española. En el futuro se sabrá que Raimundo Saporta tuvo su hégira de Madrid a Barcelona para inaugurar el

Mundial de Fútbol más grandioso que contempló la historia.

Saporta sacaba la cabeza por la ventanilla y gritaba:

-¡Jehova, rey de los judíos! Esta es la obra de Raimundo, hijo de Dan, nieto de Neftali, de la tribu de los descendientes de Jafet... ¿Has oído, Pablo?; ¿ha oído usted señora ministro?

-¿Qué te pasa ahora, Raimundo?

-¡Jehova me ha contestado. Me ha dicho: Encantado. ¿Lo ha oído usted?

El piloto del helicóptero asintió convencido.

-Siempre está por aquí. Siempre me lo encuentro cuando hago esta ruta. Se ve que le va bien esta altura.

-¿A quién se refiere usted?

Preguntó la ministro sin desmesurar el tono primavera vencida para atardeceres malas.

-A Dios, naturalmente. Es muy campechano. Incluso un día me dijo que eramos paisanos.

-Por el acento deduzco que es usted de Alcañiz, como Pilar Narviñón.

-Usted lo ha dicho señora ministro.

-¡Haz que gane España, Jehova, señor de la vida y de la muerte, de la derrota y de la victoria!

Pablo Porta miraba con los prismáticos por si veía a Dios y murmuraba indignado consigo mismo.

-Una vez que dice la verdad este majara y se me escapa. Vaya oportunidad.

-Estamos cruzando el Sistema Ibérico. Aquella es la Depresión del Ebro.

No les dio tiempo a impedirlo. Don Raimundo se había puesto a orinar sobre el Ebro.

-Perdone señora ministro, pero no puedo soportar los pueblos secos. No hay nada como un pis a tiempo para vaciar el espíritu. ¡María las castañuelas!

Porta le entregó unas castañuelas y Raimundo Saporta se las puso y empezó a tocar el zapateado de Sarasate. Todo indicaba que iniciaba la fase de precalentamiento con vistas al momento de la llegada a Barcelona y en efecto, don Raimundo bajó del helicóptero con las castañuelas en ristre y el zapateado de Sarasate en el aire y en el repicar de sus zapatos contra la malla asfáltica del aeropuerto del Prat.

-Esto no estaba en el programa.

Le dijo el alcalde Narcís Serra a su jefe de Campo Lluís Reverte.

-Tú haz como si fuera lo más normal del mundo.

Narcís Serra cogió por el talle a Raimundo Saporta y las dos persona-

lidades bailaron el zapateado mientras don Raimundo no dejaba de tocar las postizas con el embeleso en los labios finos humedecidos por la saliva del éxtasis. El pasmo de la prensa extranjera fue convertido en burdo talante provinciano por obra y gracia de la ministro Soledad Becerril que ni corta ni perezosa se sacó un par de bande-





rillas del bolso y se las clavó en la espalda del señor Max Cahner, consejero de cultura de la Generalitat de Catalunya. Nada más sentir las banderillas en la espalda, Max Cahner dejó caer sobre los pies de Pablo Porta una roca de Montserrat que siempre lleva a cuestas para recordar lo mucho que hay que hacer todavía

por Catalunya y al sentirse agredido por el cosmos en el punto exacto de su pie derecho, el señor Porta dijo un reniego que explotó a un milímetro del rostro de doña Marta Ferrusola señora de Pujol. Nada pasó inadvertido al presidente de la Generalitat, pero en la obligación histórico-vital de asumir todas las rarezas de la

gente de Madrid, le hizo entrega a Pablo Porta del nomeolvides de la Generalitat de Catalunya y a don Raimundo Saporta del prepucio incorrupto del conseller Fivaller. Como doña Soledad Becerril quedara a la espera de un obsequio, Pujol se disculpó después de registrarse concienzudamente los bolsillos.





-Mecachis, señora ministro. No contábamos con usted. A ver si llevo algo que le guste. ¿Quiere un mechero sin recambio?; ¿quiere una cajita de Valium?; ¿una medalla de la «moreneta» que siempre llevo cosida en los calzoncillos?; ¿un bolígrafo Bic que escribe muy bien?

-Dejémoslo. No he venido a Catalunya a recibir regalos, sino a inaugurar el mundial.

-Y diga usted que sí, señora ministro. ¿Qué se siente cuando se está a punto de poner en marcha un mundial de fútbol?

Preguntó Pujol mientras la comitiva se ponía en marcha, Soledad Becerril no se hizo repetir la pregunta.

-La satisfacción del deber cumplido.

-¿Justo el resultado?

Insistió Pujol acercando a los labios de la ministro un recipiente vacío de yogur Danone.

-Un tres a uno hubiera reflejado la diferencia con mayor justicia.

-¿Pesó mucho el factor público?

Cuando una sale al campo lo hace a sudar la camiseta y se olvida del público y de todo.

-¿Renovará para la próxima temporada?

-Yo tengo un contrato hasta el treinta de julio. A su tiempo me reuniré con la directiva. Por mí no habrá problemas.

Saporta se abrió paso a manotazos y se plantó entre el Honorable Pujol y la señora ministro.

-Si quiere usted hacer preguntas, venerable...

-Honorables...

-Respetables.

-Honorables.

-Adorables.

-Simplemente honorables...

-Que más da. Pues si usted quiere hacer preguntas me las hace a mí porque esta no sabe nada de nada de esto. Para ella la cultura y para mí el deporte.

Pablo Porta estaba al quite y se puso a reír, como si la intención de Saporta fuera el sarcasmo y no la manifestación de la feroz inquina que sentía porque Soledad Becerril era rubia hasta unos extremos que a él le estaban vedados.

-¿Has visto qué rubia es?

Le dijo lloriqueando a Pablo Porta.

-Es esta luz.

-Que no, que es rubia. Tú lo dices para consolarme. Y pensar que yo de pequeño, en Rumania, también era rubio.

-Consuélate, Raimundo. Peor lo tengo yo que jamás fui rubio.

-¿Nunca?

-Nunca.

-Pobrecito. Mira, te perdono todas las canalladas que me has hecho desde que empezó este lío. Vamos corriendo al campo que Henri debe tener unos morritos que pa qué. ¡María, el abanico!

La policía municipal de Barcelona abrió paso a la comitiva. Lentamente emergió en el horizonte el estadio del Club de Fútbol Barcelona.

-Pero ¿qué veo? ¡Aún hay albañiles en el estadio!

-Núñez los ha fichado para que no pongan ladrillos en Chamartín.

El presidente Núñez les esperaba en la puerta del estadio. A su lado, Joao Havelange, presidente de la FIFA.

-¿Se conocen?  
Preguntó Núñez en el momento en que Saporta empezó a derribarle y luego a pisotearle como si fuera un felpudo que se interpusiera en su camino hacia el estadio.

-¿Henri, uuuuuuuuh! ¿Dónde está mi Henri?

Kissinger escuchó los reclamos de Saporta y trató de esconderse en un rincón del palco presidencial.

-¿Por qué se esconde, Mr. Kissinger?

-¿Viene Saporta!

La noticia de que Saporta se acercaba causó estragos en el Palco Presidencial. En vano el capitán general de la IV Región Militar, general Sáenz de Santamaría advertía que era imprescindible quedarse para consolidar la democracia. Las fugas no cesaban y el peor parado fue el propio Kissinger sorprendido en el momento de saltar la valla por el estentóreo grito alborozado de Saporta.

-¡Henri! ¡Eres tú! ¡Tantos meses soñando en este momento!

Kissinger fue abrazado, estrujado entre los brazos de Saporta súbitamente convertidos en tenazas trituradoras. Kissinger notó como entre los muchos huesos rotos también quedaba en triza el marcapasos de su corazón y un segundo después caía fulminado por el rayo de la muerte. Saporta lanzaba rugidos de león herido y nadie osó discutirle la decisión de sentar a Kissinger muerto en la primera fila del palco presidencial, a su lado y que le fuera explicando cuanto ocurría como si el problema de Kissinger fuera la ceguera y no la muerte.

-Henri, ahora cientos y cientos de

personas dibujan sobre el césped la paloma de la paz. ¡Oh, Henri! ¡Qué bonito! Miles de niños cantando una hermosa canción en vernáculo. No sé si cantan en valenciano en catalán.

*Que li donarem a la pastoreta?*

*Que li donarem que li sapiga bo?*

*Jo li donaria una pindoleta*

*i a la muntanyeta la furia anar.*

*Te lo traduzco al castellano, Henri*

*¿Qué le daremos a la pastorcilla?*

*¿Qué le daremos que bien le sepa?*

*Yo le daría una pastilla anticonceptiva*

*y a la montañita la haría ir.*

¿Oyes Henri?; ¿comprendes Henri?

Cuán dulce ingenuidad. Ahora salen fieros guerreros correosos dispuestos a jugarse la vida en este partido trascendental. Cierro los ojos Henri y todo ha terminado. En este fin está mi fin y mi principio. Ahora me dedicaré otra vez a la banca y al baloncesto. Pero antes me iré a la Feria de Sevilla y te traeré una garrantilla de corales, unos zarcillos de plata y una alianza.

-Alguien tendría que decirselo.

Opinaba Pujol, en la indecisión de ocupar un puesto en tribuna, indecisión que compartía todo el séquito. Fue Soledad Becerril la que tomó la decisión y se acercó decididamente a la patética pareja.

-¿Me puedo sentar aquí, don Raimundo, mientras esperamos a su majestad?

-No faltaba más, señora ministro. Mire quién me acompaña. No sé si se conocen. Mr. Henri Kissinger, doña Soledad Becerril.

-Encantada, Mr. Kissinger.

-Saluda a la señora ministro, Henri. Estos americanos son como niños. ¿Tardará mucho el rey? ¡Qué calor! ¡Es un calor húmedo este puñetero calor catalán!

Pujol estuvo a punto de decirle cuatro cosas bien dichas; pero le conuvo Narcís Serra llevándose significativamente un dedo a la sien.

-Tenim una calor de colló de mico!

Gritaba Pujol muy airado y Pablo Porta lo tradujo gentilmente a la señora ministro.

-Tenemos un calor de cojón de mico. A Pujol le gusta mucho el calor catalán.

Y en cuanto el Rey quedó enmarcado en la puerta de la antesala del palco, Saporta en pie, rígido, se llevó la mano abierta a la sien al grito de:

-¡María el abanico! ■ M.V.M.

(Ilustración de Guillén.)